

Una extraña pasajera

Cuento por Ana Leyton Gómez
Premiado con el 3er. Lugar en el XI
Concurso de Cuentos para
Escritores de la Primera a la Cuarta
Regiones 2003



Impresionaba ver su anillo de plata con una calavera pirata con dos huesos cruzados y que abarcaba la tercera parte de su dedo grande, huesudo y casi masculino. La mujer era alta, muy alta y maciza, su voz ronca. Usaba un pañuelo gitano anudado en la nuca que cubría su cabeza, su cara arrugada acusando marcas que hacían pensar en las cientos de historias vividas desde el otro lugar del que venía, la pollera era una falda larga y floreada, con extrañas flores y de extraños colores. Era distinta, extrañamente distinta. Venían con ella cuatro niños: la mayor: la Adela, luego la Paula, la Manuela y el único hombre: el Miguel; traían baúles grandes, pesados, añosos.

Hablaban castellano, un castellano rápido y con extraños giros y terminaciones, hablaban fuerte, casi gritaban. En las caritas de los pequeños se destacaban sus ojos chiquitos, negritos, muy negritos y con las cejas levantadas en la parte final, tenían nariz aguzada, afilada, el color de su piel era indefinido mas bien morenos pero pálidos, sus cabezas pequeñas. Los pequeños, un poco atontados o mejor dicho aletargados por el largo viaje, cumplían fielmente las órdenes que la mujer grande les daba, ella, Lucía, no demostraba ninguna inseguridad a pesar de haber desembarcado recién en esta distante tierra que la acogía. Extraños pasajeros que llegaban por el mar de Antofagasta un día de febrero del año 1910.

Con los cinco críos y tres baúles, que era todo el equipaje que traía, se bajó de la embarcación, apenas alcanzó a respirar el aire antofagastino, cuando escuchó que alguien gritaba:

- Atención, atención, en media hora parte el tren nortino que llega hasta Illapel.



En el lugar se armó un tremendo alboroto, carreras, gritos, órdenes. Sin pensarlo mucho, se dejó llevar por la masa humana, al fin no sabía qué le deparaba el destino.

Ordenó a los niños quedarse con los baúles, mientras iba en busca de un muchacho con un carro para que le ayudara a trasladar el equipaje hasta la estación. Una vez allá compró los boletos "destino Illapel".

Apenas subieron al tren (carro de segunda clase), los niños se quedaron dormidos, Lucía no, iba vigilante, con los ojos abiertos miraba por la ventana el paisaje de esta nueva tierra, que sería su tierra desde este momento y por el resto de su vida; ni siquiera el desierto logró adormecerla, no durmió durante toda la noche, no durmió durante las dos noches que duró este trayecto en tren, mientras que los niños durmieron sin despertar durante esos tres días y esas dos noches hasta llegar a la estación de Illapel.

Cuando abrieron los ojitos, ese día miércoles de febrero del año 1910, los niños descubrieron que nacían a una vida desconocida y que asumían resignadamente porque, seguro, ese era su destino, como una predestinación de la cual no podrían escapar, silenciosos, con las caritas pegadas a la ventana que les mostraba su nueva vida, asombrados por lo que podía esperarlos.

Lucía tras dar la orden de bajar, comenzó a arrastrar los baúles, dos hombres, mineros nortinos, al parecer, le ayudaron a bajar el equipaje, mientras ella con mirada desconfiada no perdió gesto ni movimiento de estos improvisados y atentos caballeros.

Una vez abajo, se sorprendió preguntándole a una mujer que vendía pan por un lugar donde llegar, una pensión, le dijo, donde poder descansar; junto con ello compró algunos panes.



Tras esto, nuevamente solicitó ayuda a un muchacho con un carrito para llegar hasta la dirección indicada por la mujer.

Cruzó por la calle principal del pueblo despertando las miradas de curiosidad de los pueblerinos, que llenos de prejuicios y de interrogantes se preguntaban quién sería esta "extraña pasajera".

Golpeó la puerta tras pasarle unas monedas al muchacho del carro; golpeó y golpeó muchas veces, pero nadie abría. La calle parecía solitaria, ya que mientras golpeaba nadie pasó por allí. Se cansó de golpear. Las ventanas tenían los visillos corridos, no se podía ver a través de ellas. Lucía estaba cansada, muy cansada, por eso movió la puerta esperando que esta se abriera, y así fue, la puerta se abrió y esta no dudó en entrar.

En la primera pieza que fue hasta donde arrastró los baúles, sólo había una mesa larga, gruesa y ancha, con patas firmes y sin mantel, alrededor de ella habían bancas largas, como para sentar a varias personas. Ordenó a los niños que se sentaran ordenados y callados a comer el pan que había comprado en la estación.

- ¿Hay alguien aquí?- gritó. Respondió el silencio - ¡Aló, hay alguien aquí! - Y al parecer como una ironía se escuchó un golpe suave y gatuno, precisamente, era una gata grande y negra que salía a su encuentro mirándola con ojos inquisidores.

Fue aquello lo que la hizo voltear, para encontrarse con el perfil sombreado de la mujer que sentada en un rincón y frente a una pequeña mesa tiraba suavemente un montón de piedrecitas de colores, que aparentemente, dispuestas de tal o cual forma parecían develar un acertijo, junto a ella, algo impactante que asustó a Lucía y a los pequeños.



dejándolos casi petrificados al advertirlo, era un inmenso perro negro, que al cabo de un rato advirtieron que se encontraba embalsamado. La extraña mujer de las piedrecitas, dijo:

- Sabía que hoy llegarías - y levantando la mirada- preparé algo de comer, les serviré una vez que arrastren sus baúles hasta el dormitorio.

Mientras comían, la de las piedrecitas no paraba de hablar sobre el misterio de la vida, sobre el destino, decía:

- Todos quieren saber lo que les pasará mañana, el ser humano es inseguro y teme a su existencia, siente miedo del azar, siempre quieren saber los que les pasará y es por eso, que he podido sobrevivir en esta vida, atendiendo las inseguridades del ser humano; que si las piedras son verdes, siempre hay una esperanza; que si son las rojas, es que hay mucha energía; si caen las azules habrá tranquilidad en su vida; las amarillas traen dinero; pero con las oscuras no se juega, porque las desgracias serán muchas.

Finalmente, es un acertijo saber si va a pasar lo que anuncias porque lo anuncias o si es el destino realmente quien se muestra; pero en fin, el ser humano es así, quiere saberlo todo antes, lo que pasará y lo que no pasará, ninguno que ha llegado quiere cerrar los ojos y dejarse llevar por su suerte y tampoco quiere ser él quien construya su vida, prefiere creer en la superioridad del destino. Yo ya estoy cansada y casi ciega, más bien reconozco el color de las piedras por la presencia del otro frente a mí cuando ve echada su suerte sobre la mesa; con todos los años que llevo en esto soy yo la constructora de destinos. Ahora vayan y descansen que mañana será otro día y yo ya estoy muy vieja y cansada.

* * *

Esa noche, todos durmieron plácidamente, parecían haber llegado a su casa. Lucía soñó cosas extrañas, parecían ciertas, la mayoría eran extrañas conversaciones con la mujer



de las piedritas; soñaba olores, ruidos, pero aún así pudo descansar mucho, mucho, como quien llega a su hogar después de un largo tiempo.

* * *

Lucía nunca supo cuánto habían dormido, pero ese día se levantó con mucho ánimo.

Se bañó y también bañó a los niños en una gran bañera que estaba ubicada en la pieza del baño y la cual había que llenar con unos grandes baldes que había que arrastrar desde la noria del fondo del patio. No supo cuanto tiempo le tomó todo ese trámite y sin pensar en que tuvo también que calentar un poco el agua para los dos niños más pequeños.

Ordenaron sus cosas, también la pieza y luego, Lucía se dirigió a la cocina, mientras los niños husmeaban por el patio. Lucía no podía dejar de pensar en las palabras de la extraña mujer. La cocina estaba vacía, la mujer que los recibió la noche anterior aparentemente no estaba, seguramente había salido a hacer algunas compras. No había indicio de desayuno en la cocina, sólo las brasas que quedaron cuando ella calentó el agua para bañar a los pequeños; Lucía se dispuso a preparar el desayuno, había de todo en la cocina, el pan no era fresco, pero tampoco estaba mal, había también queso de cordillera, ya sabía de esta delicia de la zona, el día anterior la mujer de la casa les había servido, tomó la mermelada casera, para el pan de los niños pensó; muy pronto llegó una inoportuna compañía a la cocina: la gata negra que la salió a recibir el día anterior, para los niños no fue problema compartir con ella el desayuno.

Después del desayuno tomó la escoba que se encontraba en un rincón del patio y se dispuso a barrer, mientras le ordenaba a Adela y a Paula que limpiaran la cocina. Una vez que terminó de barrer, calentó agua para el almuerzo, y se dispuso a pelar las papas y las verduras para cocerlas. Un pito la sacó de sus divagaciones en ese momento, sonaba fuerte frente a la puerta, y su demora provocó que el sueño de ese sonido metiera su cabeza por la



ventana y gritara "¡la leche!", Lucía casi autómatamente cogió el lechero de porcelana que se encontraba a la vista en un estante y salió a recibir la leche, en la calle se encontró con varias señoras que la saludaron sonrientes y el lechero entre bromas y risas terminó de llenar los lecheros de las mujeres que le preguntaban amables "¿Cómo había estado el viaje y si había llegado muy cansada?". Cuando entró siguió con sus divagaciones "que si la vida era extraña, que si lo que estaba viviendo era verdad, que si todo lo que uno vive es un extraño sueño, tal vez todo es una mentira, quizás el tren nunca existió, tal vez nunca hizo un viaje y sólo fue su mente, tal vez la vida cotidiana hace crear historias en la mente, ya no recordaba desde donde había llegado, parecía que todo era irreal, y el tren y sus ojos pegados a la ventana del carro de segunda, y la mujer del día anterior y el extraño acertijo de las piedras y el destino y su mente, pensando en cientos de extrañas cosas. El devenir la arrastraba ¿Qué hacía allí? Y los niños jugando en un extraño y ajeno patio de este pequeño pueblo del norte chico, y ¿cómo llegó hasta allí? ¿y la mujer del día anterior, quién era y dónde estaba ahora? Sí que es extraña la vida" los gritos de los niños jugando con la gata la sacaron de sus pensamientos...

El almuerzo estaba casi listo. Almorzaron solos, nadie llegó a interrumpir. Una vez que la cocina quedó limpia y ordenada Lucía se retiró a descansar, se sentía arrastrada por una pequeña fuerza ¿y la mujer que la recibió el día anterior dónde estaba o sólo sería producto de su imaginación y su cansancio? ¡que extraño, todo parecía un sueño!

Sentía que había perdido el sentido del tiempo y del espacio. Se durmió profundamente.

De pronto unos gritos en la puerta de calle la despertaron:

¡Aló, hay alguien aquí!, necesito conversar con la dueña de casa...



Se apresuró a la puerta, desde que escuchó los gritos supo que algo malo había pasado. El hombre que gritaba no tardó en hablar:

- Señora, lo siento, la Brígida se murió anoche en el hospital, parece que fue de un paro cardíaco, parece que los años, fue too rápido y usted justo había llegado del norte a hacerle compañía, mire como es la vía, lo siento mucho, y se murió diciéndome que le dijéramos que too lo de ella era suyo, su única heredera por ser su única descendiente, su hija supongo, mi pésame señora, que lo siento mucho.

* * *

Extraña la vida, por unas horas no supo qué hacer, después se repuso y decidió obedecer a la "constructora de destinos", a esa extraña aparecida del día anterior, a esa especie de maga que en complicidad con la corriente de la vida no le daba ninguna alternativa. Había subido a un tren apenas hace algunos días y éste, la había llevado sobre un riel predestinado, nada podía hacer "la pasajera".

Después del entierro llegó a la casa, los niños ausentes de sus divagaciones siguieron jugando. Calentó el agua para tomar un té, no había pasado mucho de eso cuando escuchó que alguien llamaba:

- Aló, hay alguien aquí, ¿se puede pasar?

Se apresuró, se sentó en el rincón sombreado y dijo:

- Adelante, pase, la estaba esperando - mientras desparramaba suavemente sobre la mesa unas piedritas de colores dispuestas a descifrar el acertijo del destino...

